



MIS ALMUERZOS CON GENTE INSIGNIFICANTE

CON BONIFACIO, EL POLLERO



Bonifacio era un chaval extraordinario, como persona, como pollero, como amigo y como esposo que lo era de la Gonzala, la hija de un antiguo talarbartero de la calle de Toledo.

Nos veíamos a menudo en «Casa Nicasio», y comíamos verbigracia patatas con bacalao, albóndigas y requesón, regado todo con un cierto vino y su caserita.

Allí, entre bromas y veras, me hablaba de sus problemas.

Hoy podía ser la almorrana de su señora, del tamaño de una ciruela, que había escandalizado al médico del ambulatorio. Mañana, los orines del peque, que por mala suerte siempre caían en la tapicería del seiscientos. Eso lo llevaba muy mal el Boni, porque los domingos, cuando quedaba con el Braulio y su familia para ir al puente de Algete a comer conejo al ajillo, éste llevaba su Simca 900 como los chorros del oro, y le decía que todos los polleros eran unos guarros, y que él, en cambio, era un señor.

Pero Bonifacio vivía otros problemas más importantes. Así, por ejemplo, las goteras del gallinero. Se conoce que sus gallinas eran aves muy aristocráticas, poco acostumbradas a la vida dura. Y así que el agua caló la uralita del gallinero, pues las muy señoritas agarraron un reuma y se negaron a poner. Como sin huevos no hay pollos, el pobre Bonifacio, que veía mal el negocio, me miraba desencajado y se lamentaba con aquella filosofía suya tan enigmática.

—¡Ay madre, qué mala leche!...

Bonifacio era un sentimental. Lloraba cuando oía «El emigrante». Como tenía tan buena fe, creía en la democracia, y pensaba que tal vez un día Manolo Escobar o Juanito Valderrama harían carrera de políticos. Las cosas.

Bonifacio era pobre, pero educado. Le abandonó su desodorante allá por la pubertad, pero nunca se permitía una grosería delante de señoras en general, y a la hora de limpiarse los dientes siempre lo hacía con palillos, y jamás con la uña larga del meñique, que reservaba para el cerumen de los oídos. Además era muy católico, y en su comedor, clavada en la pared, había una Sagrada Cena en madera sobreplateada. Como tiene que ser en todo hogar que se precie.

Después de nuestros encuentros, tan inolvidables, me despedía afectuosamente dándome su mano encallecida.

—Pues lo dicho, chaval —decía—. Ya sabes donde me tienes, pa lo que quieras.

Y después de ofrecerme un «Farias» que le había regalado un cliente, nos separábamos, no sin antes quedar un día para ver la lucha juntos en el Campo del Gas.

¡Qué gratos de recordar, aquellos almuerzos con Boni!... ■ EL SANTO JOB-AR.